

Higiene y Oportunidad

Con la toma de posesión como presidente del gobierno central de Rodríguez Zapatero se ha culminado la primera de las dos fases que los ciudadanos españoles marcaron en las elecciones generales del pasado 14 de marzo: la de higiene política, consistente en hacer desaparecer del gobierno a un partido, el PP, que, sobre todo durante sus cuatro años de mayoría absoluta, había degradado la situación política hasta límites no conocidos desde el final del franquismo, recortando los derechos y libertades, y despreciando con prepotencia, e incluso criminalizando, cuantas opiniones no coincidieran con la suya propia.

La vergonzosa manipulación informativa de los sangrientos atentados de Madrid, del 11-M, fue la gota –mejor la inundación- que desbordó todos los límites, ya ampliamente superados en otras actuaciones anteriores, igualmente insultantes para cualquier inteligencia mínimamente activa, como habían sido las del Prestige, el Yakolev o la guerra de Irak. Fue esta vergonzosa manipulación, destinada a conseguir votos ocultando la verdad e inventándola según el interés partidista, la responsable, y no los atentados mismos, como indecentemente señalaron los medios afectos al PP, de que casi dos millones de potenciales votantes decidieran a última hora votar al PSOE como medio más eficaz para expulsar del gobierno a los manipuladores del PP. Fueron los votos que en principio no iban a emitirse, iban a ser en blanco o tenían como destino otras opciones a la izquierda del PSOE –y no los existentes en los “caladeros del centro”- los que dieron la mayoría a Zapatero como fórmula más segura de desalojar a quienes consideraban como responsables de una deriva hacia situaciones parafascistas o de cuasi golpe de estado permanente contra la democracia, y de conversión de España en mero satélite de los Estados Unidos de Bush.

Convendría que los dirigentes *psocialistas* no olvidaran que fue gracias a esos votos de rechazo frontal al PP, más que de apoyo a un programa o a unas candidaturas concretas del PSOE, como fue posible un cambio en el veredicto esperado de las urnas. Fueron esos votos “prestados”, unidos, claro está, a los “propios”, los que decidieron las elecciones, dando una segunda oportunidad de gobierno al partido, veintidós años después del primer triunfo de Felipe González; que tuvo también, en su base, aunque ello no suela recordarse, el rechazo a otro hecho histórico, de distintas características al 11-M pero también vivido por los ciudadanos como una gravísima amenaza a la entonces recién reestrenada democracia: el golpe de estado de Tejero.

Es esta segunda oportunidad la que debería intentar aprovechar Zapatero, teniendo permanentemente en cuenta el grito de tantos jóvenes la noche de las elecciones -“No nos falles”-, y recordando cómo, en la anterior oportunidad, su partido provocó el desencanto de lo mejor del país cuando, a los pocos meses de instalado en el gobierno, se desdijo de su posición anti-OTAN promoviendo el Sí en el referéndum sobre la permanencia en la alianza. Aquel test, que arruinó la confianza de tantos en aquellos “jóvenes socialistas”, se repite ahora con el tema de la retirada de las tropas ocupantes de Irak y Zapatero parece haber aprendido la lección. Nada más tomar posesión de su cargo ha anunciado el comienzo de la retirada que sacará a España de la vergonzosa foto de las Azores –donde Aznar cavó la tumba del PP-, alejándola, eso esperamos, de una guerra ilegítima e ilegal. Si hubiera cedido a las presiones en contra, Zapatero habría empezado a construir su derrota dentro de cuatro años.

En otros ámbitos, no convendría tener demasiadas expectativas, ya que los márgenes de decisión de las instancias políticas, no sólo españolas sino de cualquier

país de la UE e incluso del mundo, son hoy voluntariamente estrechos, al haber cedido el sistema de partidos, en todas partes, las más importantes competencias a las instancias económicas de la Globalización, conformando una “democracia de baja intensidad”. Aún siendo esto así, Zapatero tiene ahora la oportunidad de tratar de demostrarnos que, incluso en estos estrechos márgenes, puede haber políticas diferentes en algunos importantes temas que afectan a nuestras vidas: el reconocimiento de que estamos en un Estado cultural y políticamente plural, el respeto a las minorías, una menor instrumentalización partidista de la radiotelevisión pública, mayor generosidad con los inmigrantes, políticas de vivienda, educación e infraestructura (incluyendo aquí el tema del agua) que no respondan sólo a los intereses del Mercado, mayor apoyo a la investigación... Nadie espera de él cambios revolucionarios pero sí decencia, reconquista del papel redistributivo del Estado y atención a los más débiles.

Esta segunda fase que abrieron las elecciones de marzo, la de una oportunidad para un nuevo PSOE, purgadas las culpas de antaño –cuando fue también una medida de higiene política apartarlo del gobierno, por la generalización del “todo vale” que provocó la corrupción e incluso el terrorismo de estado-, tendrá la duración, y el grado de éxito, que la política de Zapatero quiera, o pueda, darle. Sería muy grave que el nuevo y joven líder *psocialista*, por el que casi nadie apostaba hace aún poco tiempo, no aprovechara esta oportunidad histórica. Sería la definitiva autodeslegitimación del sistema político y ello abriría un nuevo periodo de hegemonía de la derecha más integrista. Para conservar su actual rédito, tendría, al menos, que garantizar el ejercicio de todos los derechos democráticos, individuales y colectivos, propiciando que puedan debatirse libremente todos los problemas y hacer que “los más humildes” –en sus propias palabras- mejoren realmente su condición. No es fácil, pero este es su reto.

ISIDORO MORENO

Catedrático de Antropología Social

Universidad de Sevilla

Para el Grupo Joly, 18-4-2004